

ENSAYO*

LAS SOCIEDADES DE REDACTORES EN FRANCIA



Por **JEAN SCHWOEBEL**

A principios del siglo XIX, la introducción de la publicidad en la prensa hizo posible una sensible reducción del precio de los periódicos, poniéndolos así al alcance de un público mucho más amplio. A finales del mismo siglo, la aparición de las rotativas hizo posible ya definitivamente el prodigioso desarrollo de la prensa escrita y, por consiguiente, la democratización de la información, en la medida en que los periódicos pudieron poner cada vez más noticias a disposición de un mayor número de personas.

La prensa, al hacerse industrial y comercial, estaba destinada por desgracia a sufrir las leyes a que se han sometido todas las industrias y comercios, las leyes de la técnica y de la rentabilidad. En manos de sus poseedores

JEAN SCHWOEBEL, Doctor en Derecho y Licenciado en Letras, es, desde 1945, redactor de *Le Monde*.

Fundador y Presidente de Honor de la Sociedad de Redactores de *Le Monde*, en 1951, y Presidente hasta 1973. Fundador y Presidente desde 1967 de la Federación Francesa de Sociedades de Periodistas.

Autor de diversas obras, como «La Prensa, el poder y el dinero».

* **BAJO** la rúbrica de «Ensayos» el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes una colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto del tema general que se aborda a lo largo del año. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte y la Historia. El tema elegido para 1976 ha sido la Prensa.

Al finalizar el año estos trabajos serán recogidos en un nuevo volumen de la *Colección Ensayos*, editada por la Fundación Juan March en colaboración con la Editorial Rioduero.

En Boletines anteriores se han publicado: *La empresa periodística: sus peculiaridades*, por Mariano Rioja, Profesor de la Economía de la Empresa Periodística, *El Periodismo como profesión*, por Juan Luis Cebrián, Director de «El País»; *Función periodística del artículo literario*, por Néstor Luján, Director de «Historia y Vida»; *Formación del periodista*, por José Luis Martínez Albertos, Profesor Agregado de Ciencias de la Información en la Universidad Complutense; *El secreto profesional de los periodistas*, por Angel Benito, catedrático de Teoría General de la Información en la Universidad Complutense; y *Notas sobre los problemas de hoy de la prensa escrita*, por Manuel Jiménez Quilez, Periodista de Honor.

constituyó muy pronto un formidable instrumento. Y así, a la preocupación de formar y educar, que inspiraba a la antigua prensa de opinión, ha sucedido con frecuencia, en la gran prensa moderna de información, la única preocupación de aumentar la tirada para seguir atrayendo más publicidad. Convertida en un producto de consumo como los otros, la información se ha despolitizado y consagrado progresivamente a la función de entretenimiento y evasión, mediante la elección y búsqueda del máximo de noticias conmovedoras o excitantes. Prácticamente este apoliticismo ha convertido a los periódicos en cómplices de un régimen fundado en la propiedad y desarrollo de empresas, cuya publicidad asegura su existencia, beneficios e influencia. En una palabra, la gran prensa actual es fundamentalmente conservadora y conformista.

Además, para obtener las enormes tiradas que atraen grandes presupuestos de publicidad, halagando su vanidad y satisfaciendo su apetito de poder, los dueños de la prensa se han esforzado por crear el vacío a su alrededor, rompiendo o absorbiendo a la competencia más débil. De este modo la prensa conoce el mismo fenómeno de concentración que las demás industrias, por las mismas razones técnicas, comerciales y financieras, y con aspectos más espectaculares. Y así en París, donde se editaban 79 diarios en 1892, 57 en 1914, 31 en 1936, 28 en 1945, y 13 en 1963, no quedan más que 8 en la actualidad. En provincias, donde 69 ciudades publicaban en otro tiempo varios periódicos, se cuentan hoy con los dedos de una mano las que tienen más de un diario. Ahora, periódicos regionales importantes de edición múltiple ocupan una situación de monopolio en las antiguas provincias o en las grandes zonas económicas actuales.

Es evidente que tal concentración se produce con gran perjuicio de los lectores que no oyen sino sonidos de campanas por todas partes. En provincias, en particular, no pueden leer más que una versión de los acontecimientos y de los problemas de su región, de su país o del mundo, y esto suponiendo, además, que su diario regional no los silencie, como suele ser corriente. Dicho de otro modo, las leyes económicas que conducen a la industria periodística a concentrarse van radicalmente en contra de las exigencias de una información que debiera ser pluralista, ya que sólo una prensa pluralista puede ofrecer la posibilidad de

expresar todas las opiniones y de manifestar todos los testimonios.

* * *

Hoy, sin embargo, el público presta cada vez menos atención a los grandes titulares, que ya no considera dignos de confianza o interés. Incluso los principales periódicos regionales, que conocieron después de la segunda guerra mundial una extraordinaria expansión a expensas de la prensa nacional, por ser los únicos que podían ofrecer a los habitantes de una determinada región las informaciones prácticas —espectáculos, farmacias de guardia, entierros, bodas, nacimientos, conferencias...— que aquéllos necesitan en su vida cotidiana, han de conocer próximamente el abandono de una parte de su público. No aportan realmente, en general, una respuesta a las necesidades profundas, en materia social, económica, política o, incluso, filosófica de las nuevas generaciones que, aun siendo poco revolucionarias en conjunto, contrariamente a lo que se cree, no dejan por ello de replantearse las concepciones de sus mayores en materia de civilización. El día en que su monopolio geográfico sea destruido por nuevas formas de prensa menos costosas, más cercanas a los lectores y, por tanto, más acordes con su intensa necesidad de comunicación y expresión, la prensa regional conocerá, ella también, las gravísimas dificultades que atraviesan actualmente la mayoría de los grandes diarios parisienses, casi con la única excepción de *Le Monde*.

Este, en efecto, es el único sin duda en París que se ha adaptado anticipadamente a la gran revolución que conoce la información de los hombres desde la última guerra: una reducción importante del papel de la prensa escrita, que ha perdido hoy el monopolio de la actualidad que mantenía desde hace varios siglos.

La prensa escrita conoce en nuestros días la competencia de los nuevos medios de comunicación de masas audiovisuales —la radio y la televisión— a los que se agregarán pronto la teledistribución y las videocassettes. Sobrepasada por estos medios de comunicación a causa de la rapidez de las noticias, y abandonada por todos aquellos que, seducidos por la imagen, ya no tienen tiempo de leer, la prensa escrita no recuperará su oportunidad más que si

responde mejor que los medios audiovisuales a ciertas necesidades de información que ella misma debe determinar. La prensa especializada lo ha comprendido ya. Por su parte, la gran prensa de información general sólo sobrevivirá si recupera el sentido de su misión, que consiste esencialmente en informar, explicar y educar de tal modo que los ciudadanos sean capaces de comprender su tiempo y participar a todos los niveles en las decisiones que les conciernen, teniendo en sus manos todos los elementos de un dossier que les interese.

En resumen, la gran prensa no logrará mantener su lugar en la difusión de la información, a no ser que consienta en transformar sus estructuras y su espíritu —como lo ha hecho *Le Monde*— de modo que en su seno, la concepción de información al servicio del público predomine sobre la información-mercancía que prevalece actualmente.

La verdadera información asegura la educación permanente del hombre tras su trabajo. Hace de los ciudadanos activos lectores, oyentes y espectadores. Sin esta información de calidad en el campo económico, político, social y cultural, las libertades y la democracia se ven amenazadas, la paz social e internacional corren grandes riesgos, e incluso el progreso de las sociedades humanas se ve comprometido. La democracia exige, en efecto, conocimientos que sólo una información completa y seria puede aportar a los ciudadanos, ayudándoles a comprender su entorno y a adaptarse al cambio continuo que sufren las sociedades por el mero hecho de la evolución. Es evidente, pues, que una información de esta clase, a la que tiene derecho todo ciudadano, debe sustraerse del control del poder y del dinero.

Para satisfacer este derecho, importa, pues, que se tomen medidas para que todo ciudadano pueda beneficiarse de una información honrada y completa. Dicho de otro modo, la información general constituye un verdadero servicio de interés público, y el Estado, que es responsable del bien común nacional, no puede interesarse menos por las condiciones en las que ese servicio es asegurado que por aquéllas en las que la educación nacional asegura su labor.

Esto fue comprendido perfectamente en la época de la Liberación. Los dirigentes de la nueva prensa proclamaban entonces bien alto que aquella no sería libre a menos que

no dependiera ni del poder gubernamental ni del dinero, sino de la conciencia de los periodistas y de los lectores. Ellos fueron, sin embargo, los primeros que impidieron la votación de un estatuto de la prensa escrita, que podría haber puesto a ésta, en la medida de lo posible, a salvo de las presiones del poder y de los intereses privados. Es, sin duda, una fatalidad que en este país, liberal y capitalista, el derecho de propiedad, fuente de todo poder y de todo beneficio, acabe por predominar sobre las nobles preocupaciones que dominaban en el período de la Liberación. Pero al ser incapaz de reformar sus costumbres rutinarias y de mantener el interés de sus lectores cuyos gustos satisface mejor la televisión, la gran prensa comercial conoce una crisis que en París ha tomado recientemente unas proporciones dramáticas.

Le Figaro, *France-Soir*, *Le Parisien Libéré*, tres importantes nombres de la prensa parisiense que conocieron durante mucho tiempo una fascinante prosperidad, fuente de considerables beneficios para sus propietarios, atraviesan hoy las peores dificultades. Otros periódicos se enfrentan también con una situación inquietante. Los responsables de esta prensa, generalmente de considerable edad, proclaman en vano que esta crisis es coyuntural y que puede ser resuelta recurriendo al Estado, sobre el cual están acostumbrados a presionar para obtener un aumento de ayuda y una limitación de la publicidad que se hace en la radio y en la televisión. No parecen haber comprendido todavía que los tiempos han cambiado y que, incluso si el gobierno aceptara derrochar en su favor, más aún, el dinero de la nación, en nombre de una libertad de prensa que ellos invocan y que no es en realidad sino su libertad de utilizar sus empresas para defender sus intereses y extender su influencia, ello no bastaría para salvarlos. Precisarían todavía aceptar una modificación profunda de sus estructuras y de sus métodos con un espíritu totalmente nuevo.

El renacimiento de una verdadera prensa de información —consagrada a la información general de los ciudadanos (política, economía, social y cultural)— se basa en la respuesta que será capaz de dar a la necesidad que tienen los ciudadanos de comprender y expresarse, necesidad que es diez veces mayor por el éxito de la radio y la televisión; necesidad que sólo la prensa escrita está capacitada para satisfacer correctamente. La información ya no procede

sólo de arriba, viene de todas partes y, mediante el establecimiento de un «feedback» permanente entre periodistas y lectores, debe mejorar constantemente la comunicación entre los informadores y los informados.

En último término, pues, el verdadero problema de la prensa hoy es el de su democratización. Dicho de otro modo, no son sólo la justicia y los principios democráticos los que exigen que periodistas y lectores se asocien a la gestión de la información y, por consiguiente, a las decisiones importantes que se tomen en las empresas periodísticas. Lo exige también la necesidad de recuperar una clientela y, por tanto, una rentabilidad que ha desaparecido, principalmente en razón de la abusivas reducciones que desde hace años llevan a cabo los propietarios y directores sobre los recursos de sus periódicos, los puentes de oro hechos para las «vedettes» del periodismo, y las prácticas malthusianas y costosas impuestas por la Federación del Libro (obreros del Libro), gracias a su monopolio de contratación.

Ahora bien, esta democratización no puede ser hecha más que ensanchando los derechos y responsabilidades de todos aquellos que contribuyen al buen funcionamiento de las empresas periodísticas, empezando por los que tienen por misión recoger, investigar, verificar y redactar la información para responder a las preocupaciones de los ciudadanos, es decir, los periodistas.

Mientras que los periodistas no tengan directamente en sus manos la responsabilidad colectiva de la información; mientras que, por lo menos, no se asocien estrechamente para la gestión de ese verdadero servicio de interés público que constituye la información, la prensa carecerá del dinamismo, la fe y el entusiasmo que asegurarían su supervivencia y que hoy ha perdido totalmente.

* * *

Con este espíritu se constituyeron en Francia las Sociedades de Periodistas, la primera de las cuales vio la luz en *Le Monde*, temiendo por su propia independencia y por la del periódico, tras la dimisión de su director, M. Beuve-Méry, en el que habían depositado toda su confianza. Comunicaron a los «socios» de la SARL (Sociedad de Responsabilidad Limitada) que habían provocado tal dimi-

sión, que ellos tenían un derecho moral sobre el diario, por cuanto habían contribuido a establecer su reputación, y que, en consecuencia, no admitirían que fuese nombrado un nuevo director sin contar con su acuerdo.

Ante la amenaza de un despido masivo de los redactores, los «socios» aceptaron la introducción entre ellos de una «Sociedad de Redactores», integrada por todos los redactores de *Le Monde* (la SRM, así como la asignación a esa Sociedad del 28 por 100 de las acciones de la SARL «Le Monde»). Con más del 25 por 100 de las partes, los redactores adquirieron así un derecho de veto sobre todas las decisiones importantes, y principalmente sobre el nombramiento del director, cuya independencia, honradez y competencia no les parecía aseguradas, ya que en la SARL las grandes decisiones han de ser tomadas por tres cuartas partes de los votos.

Y así fue cómo gracias a los votos adquiridos por los redactores —80 sobre 280— Mr. Beuve-Méry se mantuvo en sus funciones de director.

Diecisiete años más tarde, en 1968, y tras largas negociaciones, los «socios» de *Le Monde* aceptaron ir más lejos en la vía de la participación y convertir a la SARL «Le Monde» en una verdadera sociedad de fines no lucrativos, considerando a la redacción como elemento fundamental de la continuidad, es decir, del mantenimiento del espíritu de la Casa. Según los términos de los acuerdos concluidos en esta época, el capital de *Le Monde* se ha distribuido de tal manera que la Sociedad de Redactores recibe el 40 por 100 de las partes, en la misma proporción que los socios fundadores. El 9 por 100 del capital recayó en dos nuevas sociedades de asalariados que se creó tomando como modelo la de los redactores, correspondiendo el 5 por 100 a una sociedad de los cuadros (administrativos, comerciales y técnicos) y el 4 por 100 a una sociedad de empleados. El 11 por 100 restante constituye las partes de función que se han distribuido los dos gerentes de la SARL: un 7 por 100 para el Director General-Jefe de la Redacción y un 4 por 100 para el Director Administrativo.

En los mismos términos de este acuerdo se creó un consejo de inspección, cuya misión es controlar la política financiera de la SARL, y cuyo presidente por derecho es el de la Sociedad de Redactores. Finalmente, un comité de redacción, compuesto por la mitad de los altos cuadros

de la redacción y por otra mitad de los miembros del Consejo de Administración de la Sociedad de Redactores, se reúne todos los meses bajo la presidencia del director. Su competencia, si bien es puramente consultiva, no es limitada; se extiende a todas las cuestiones que quieran presentarle sus miembros.

* * *

Así fue como se creó por vez primera en Francia una sociedad de redactores. Los éxitos que alcanzó y las posibilidades que ofreció para resolver el problema de la independencia de los periodistas en una empresa periodística llamaron la atención de todos los periodistas en Francia y en los medios periodísticos en general. ¿No se trataba, acaso, de una fórmula muy simple, inspirada en el tan conocido dicho «la unión hace la fuerza»?

Al constituirse en sociedad, los miembros de una redacción persiguen, en efecto, lograr una eficacia y unos medios de los que hoy se hallan totalmente desprovistos, debido a sus divisiones, falta de solidaridad e ignorancia de las realidades jurídicas, financieras y técnicas de las empresas en las que trabajan. Al reunir todos los periodistas de una publicación o de un grupo de publicaciones, independientemente del sindicato al que pertenezcan, incluyendo los no sindicados y la mayoría de los cuadros, una sociedad de periodistas brinda a éstos la posibilidad de unirse y de asignarse un marco jurídico con el que poder arbitrar sus divergencias, obtener mayoría de apreciación u orientación, e incluso, emprender una acción concertada (que deberán llevar a cabo los dirigentes elegidos por la sociedad, en los que los periodistas miembros depositan su confianza para negociar en la empresa la puesta a punto de un régimen de correspondabilidad). Al conferir, finalmente, a la redacción una personalidad moral y jurídica, la sociedad de redactores (que elegirá preferentemente la forma de una sociedad civil o, incluso, de una asociación de la ley de 1901) brinda así a aquélla la posibilidad de concluir acuerdos y de adquirir parte de la propiedad en las empresas periodísticas.

Aquí hay que precisar que no se trata de ningún modo de que las sociedades de redactores se conviertan en capitalistas de la prensa. Si buscan una parte de la propiedad

de las empresas periodísticas es porque en el sistema liberal sólo la propiedad otorga derechos de gestión y de control que ellas preferirían les fueran garantizados por la ley o por contrato. Su finalidad no es hacer dinero ni participar, por consiguiente, en unos beneficios que rechazan. En el caso de *Le Monde*, el capital social, que no puede ser objeto de ninguna operación especulativa y que se mantiene a un nivel muy bajo, no recibe más que un interés del 6 por 100; el resto de los beneficios es reinvertido o convertido en objeto de un reparto igualitario entre los miembros del personal. En caso de liquidación, las cuatro quintas partes del producto revertirán en obras culturales.

Por otro lado, la Sociedad de Redactores de *Le Monde* posee el 40 por 100 de ese capital, y no los periodistas considerados individualmente. Estos últimos determinan en compensación, en tanto que miembros de la Sociedad y mediante sus votos y sus elecciones en las asambleas, la actitud y la política que aquélla deberá seguir, utilizando así lo mejor posible los derechos consiguientes de la propiedad de que dispone.

Las Sociedades de Redactores se han multiplicado en Francia a partir de 1965. Catorce años después de la de *Le Monde*, las Sociedades de Redactores de *Ouest-France*, el mayor periódico regional de Francia, y de *Le Figaro* nacieron de la vacante producida en la dirección al retirarse el director fundador, en el caso del primero, y por el fallecimiento del director general, en el segundo. Cuando en 1967 las Sociedades de Redactores decidieron, a raíz de mi propuesta, unirse en el seno de una Federación Francesa de Sociedades de Periodistas, cuya presidencia se me confió, alcanzaban ya la veintena, incluyendo una sociedad de periodistas de la televisión francesa y otra de periodistas de Radio Europa n.º 1. En 1969 llegaban ya a treinta.

Ese mismo año, la Federación consiguió que fuera constituida por el Parlamento una comisión de expertos, la comisión Lindon, encargada de estudiar sus problemas. Nosotros le expusimos, así como a diversos comités parlamentarios, los puntos esenciales de la doctrina de las sociedades de redactores, que había expuesto ya el año anterior en nuestro libro «La prensa, el poder y el dinero». Esta doctrina proclama:

1) El derecho a la información de los ciudadanos; que crea la obligación, por parte del poder, de favorecer

la existencia y el desarrollo de una prensa independiente, competente y pluralista.

2) El derecho de los equipos de redacción a disponer de poderes que garanticen la independencia de sus miembros, la de las empresas en que trabajan y la escrupulosa honradez de la información difundida, por ser este derecho el que mejor garantizan las sociedades de redactores, al contar con una personalidad jurídica y moral.

3) La necesidad de un estatuto de las empresas periodísticas que limite los derechos de la propiedad y que asocie a informadores e informados en las responsabilidades de un verdadero servicio de interés general, asumido por los periódicos que se dedican a la información fundamental de los ciudadanos.

4) El interés de un régimen fiscal privilegiado para las empresas periodísticas que aceptaran adoptar la forma de una fundación o de un nuevo tipo de sociedad con lucratividad limitada.

5) La necesidad, finalmente, de crear un fondo nacional que pondría los medios técnicos más modernos y una ayuda financiera sustancial a disposición de las empresas periodísticas en dificultades, o en vías de constitución, a condición de que unas y otras prueben que disponen o cuentan con adquirir muy pronto un público suficiente.

* * *

Pero si el movimiento de las Sociedades de Redactores obtuvo durante algún tiempo el apoyo de una parte de la mayoría política, y principalmente de los gaullistas de izquierda, el papel de la participación que jugó aquel apoyo desapareció por completo al dimitir el Jefe del Estado. El informe de la Comisión Lindon, que ratificaba en gran medida el análisis de la situación de la prensa por la propiedad y la gestión de la redacción en los periódicos, se relegó al olvido. En cuanto a los patrones de prensa, que hasta entonces habían organizado las Sociedades de Redactores esperando conocer las verdaderas intenciones del gobierno, se negaron definitivamente a reconocerlas y se comprometieron incluso en la vía de la represión contra sus dirigentes.

Desde entonces se ha establecido una auténtica colisión entre los empresarios de prensa y los poderes públicos,

si bien éstos se hacen de rogar con el fin de acrecentar, o simplemente mantener, la ayuda del Estado a periódicos que les parecen mal llevados y destinados a desaparecer. Nunca los poderes públicos fueron tan sordos a las llamadas de los periodistas. Como ha escrito M. Sauvegeot, uno de los gerentes de *Le Monde*, «la ayuda del Estado a la prensa constituye un bonito tema de estudio, un tema ideal para los banquetes. Los editores suplican, los ministros prometen, y tanto unos como otros lo hacen con la secreta satisfacción de perpetuar el orden establecido, es decir, de favorecer a los poderosos». Hasta el *Financial Times* de Londres reconoció que la prensa actual era uno de los bastiones del conservadurismo.

En resumen, los que detentan hoy la propiedad y el control de la información, fuente de riqueza y más aún, de poder, se niegan obstinadamente a todo cambio. El poder y el dinero quieren seguir siendo los amos. Esto se ha visto en el Este, donde una de las principales causas de la intervención del ejército soviético en 1968, que puso fin a la experiencia del «socialismo con rostro humano» intentando por Dubcek, fue la total libertad que había recobrado la prensa, y la voluntad de los periodistas checoslovacos de establecer fórmulas jurídicas que asegurasen de una forma duradera su independencia de pensamiento y de expresión. Se ve también en Francia, donde hombres como Amaury y Hersant, y grupos financieros como Hachette, tratan, no sin éxito, de disolver los equipos de redacción de sus periódicos, *Le Parisien Libéré*, *Le Figaro*, *France-Soir*, y de reducirlos a la impotencia y, posteriormente, al servilismo.

* * *

El balance de las Sociedades de Redactores y su Federación es hoy por hoy difícil. Tienen que darse cuenta que por todas partes los poderes políticos y económicos mantienen rígidamente su control sobre los medios de información. En Francia, sobre todo, no han podido impedir la crisis actual de la prensa. Demasiado débil para provocar, ella sola, la movilización necesaria, la Federación Francesa de las Sociedades de Periodistas no ha conseguido, a pesar de sus incesantes esfuerzos, convencer a los sindicatos de que emprendan junto a ella una estrategia común que habría permitido a la profesión hacerse entender y respetar.

Los inspiradores de las Sociedades de Redactores sienten sin embargo el orgullo de haber sido los primeros,

desde 1951, en afirmar la necesidad de sustraer la información de la omnipotencia del poder y del dinero, y en conferir a los equipos de redacción poderes importantes de control y de participación en el seno de las empresas periodísticas. Se sienten también orgullosos de haber sabido dar a muchas redacciones, tanto en Francia como en el extranjero, la satisfacción de las responsabilidades, del riesgo y de la solidaridad.

La evolución de concepciones producida por las sociedades de redactores es, sin embargo, irreversible. Los sindicatos de periodistas franceses han terminado por adoptar su doctrina en gran medida, como lo muestra el coloquio que aceptaron celebrar con ellas en 1973, y que condujo a la redacción de una declaración común sobre el derecho a la información y la necesidad de un estatuto específico de las empresas periodísticas.

Las Sociedades de Redactores constatan, finalmente, que su doctrina se ha extendido por el extranjero, principalmente en Europa Occidental, pero también en los demás continentes. En los Estados Unidos, por ejemplo, donde dicha doctrina constituye objeto de estudio y de discusiones en las escuelas de periodismo de varias universidades. También en Asia donde, a petición del Instituto Asiático de Prensa, expusimos ampliamente nuestras concepciones, en Nueva Delhi, en febrero de 1973, ante la Asamblea de una sola Asia («One-Asia Assembly»).

Incluso han sido adoptadas en varios países fórmulas parecidas a las de las Sociedades de Redactores, o las preconizadas al menos por ellas. En Italia los equipos de redacción han hecho suya la fórmula de los comités de redacción, en cuyo seno la dirección y los cuadros superiores, por un lado, y los miembros elegidos de la redacción, por otro, se informan y se consultan cada mes acerca de todos los problemas referentes a la publicación. En Alemania, *Stern* y *Die Welt* han realizado estructuras de acuerdos comunes. En Escandinavia, los redactores del periódico sueco matinal más importante, el *Dagens Nyheter*, formaron una asociación basada en el modelo de la Sociedad de Redactores de *Le Monde*, y obtuvieron el derecho de elegir ellos mismos a su jefe de redacción. En Canadá, los periodistas del nuevo diario *Le Jour* están agrupados en una Sociedad de Redactores y se hallan representados en el consejo de administración por dos miembros electos. ¿Y habría que recordar que incluso en España, en el diario

Madrid, (muy conocido por su calidad y la relativa libertad de expresión de que gozaba, y que fue suprimido por el gobierno en 1971) su equipo había constituido una sociedad de periodistas que contaba con el apoyo de las redacciones españolas?

Esta es la razón de que, a pesar de todas las dificultades, nuestra esperanza permanezca. Los dirigentes de países con un régimen autoritario y los feudales que controlan la prensa con el apoyo del poder establecido, los países de Occidente que se llaman liberales, no impedirán indefinidamente a sus conciudadanos conquistar su mayoría y controlar ellos mismos los medios de información, con la ayuda de periodistas independientes y competentes. Sin embargo, es cada vez más evidente que una auténtica reforma de la prensa, que responda al derecho a la información y expresión de todos los ciudadanos, no será posible hasta el día en que la misma opinión pública sea la que se decida a sentir el problema como propio. Y precisamente ésta empieza ya a adquirir la madurez y el espíritu de responsabilidad, cuyo desarrollo retarda, por otro lado, la infinita mediocridad de la mayor parte de los medios de comunicación de masas. Las actuales contradicciones de la gran prensa y de la sociedad francesa en conjunto, están provocando, efectivamente, una evolución lenta, pero irreversible de la conciencia del problema. Se puede prever que la gran mayoría de los ciudadanos comprenderá fácilmente que la paz social y la prosperidad de cada individuo se hallan estrechamente ligadas, y que exigen una verdadera democracia que se extienda al terreno económico y social, y que se apoye en una prensa independiente y abierta a todos los ciudadanos y a todos los problemas.

* * *

¿Podemos a la vez imaginar lo que será mañana la prensa informativa y de opinión? En un mundo abocado a politizarse cada vez más —los hombres van tomando una mayor conciencia de los aspectos y del alcance político de todas las decisiones que les conciernen— la prensa de opinión tiene grandes oportunidades, en todos los casos, de recuperar su vitalidad de antaño. No ha de ser forzosamente una prensa de partidos, sino una prensa que luche por unas ideas, una prensa que entable un diálogo permanente con lectores que compartan las mismas concepciones y que estén deseosos de ser mejor informados.

Ya en varios países, y sobre todo en Francia, esta prensa se está desarrollando en forma de nuevos periódicos, creados no sin riesgos y peligros por periodistas con talento, apasionados por su oficio, y que saben rodearse de equipos igualmente preocupados por expresar ideas y dar la información que la gran prensa comercial informativa descuida o, incluso, silencia, al dedicarse a relatar los hechos y gestos de la gente importantes y de las vedettes de este mundo, y a la defensa de los intereses establecidos. Es natural que por esta razón, esos periódicos sean generalmente de izquierda y de extrema izquierda, como el *Quotidien* de París, *Libération* y *Rouge*, últimas muestras de la prensa diaria parisiense.

Esta nueva prensa informativa y de opinión, aunque de modestísimas dimensiones, está destinada a desarrollarse en todas las direcciones, en razón de las crecientes dificultades que atraviesan los grandes periódicos informativos, demasiado costosos y cada vez menos adaptados a las nuevas preocupaciones de sus lectores.

Por otra parte las nuevas técnicas de la prensa —la composición en frío, los ordenadores y el offset— van a permitir desde ahora una cuidadosa fabricación de periódicos, con tirada limitada, y cuyo coste bajará singularmente al no tener ya grandes capitales que remunerar; y los obreros impresores no dispondrán ya de un monopolio de contratación que con frecuencia les ha permitido confiscar los progresos de la productividad. Y no tendrán ya que pagar las remuneraciones piramidales que los dirigentes de la gran prensa de hoy asignan y otorgan a las vedettes del periodismo.

Estos periódicos que, como ocurría antiguamente, serán al principio labor de periodistas apasionados fundamentalmente por informar a su compatriotas acerca de las verdaderas realidades cotidianas y de aclararles aspectos sobre los medios de contribuir al progreso del hombre y de las sociedades en el terreno de la paz, de la justicia y de las libertades, responderán, pues, válidamente a las exigencias de diversidad y de independencia sin las cuales no podría haber una información seria de todos los ciudadanos, es decir, una prensa auténticamente democrática. Ese día las sociedades de redactores, que hoy se enfrentan con tantas dificultades e incompresión, habrán ganado la partida. Al jugar el papel de pioneros y de profetas, habrán sido las primeras en mostrar el camino a seguir.